LAS POESIAS LATINAS DE CARO

Por JUAN C. GARCIA Pbro.

(Fragmentos.)

No pretende el autor de estos comentarios hacer de prologuista, sabiendo que a excepción del mismo Caro, nadie hubiera sido capaz de prologar dignamente sus versos latinos. Ensayar ajena pluma la introducción de ellos, sería querer llevar hojas al bosque y aguas al océano. He aquí la razón para dar el sencillo título de notas a los presentes renglones, que se escriben por encargo de la Academia de la Lengua.

Nuestro eximio literato ha sido rarísima vez estudiado en su aspecto de latinista lírico, tan ignorado de muchos como lo es para los habitantes del planeta el reverso de la luna. Tal desconocimiento en buena parte se debe a que don Miguel Antonio Caro esquivó el dar a la estampa el conjunto de su producción métrica en idioma sabio. La componían tres copiosos legajos, en el primero de los cuales prevalecen los temas naturistas, en el segundo y el tercero los religiosos y morales, que hubiese entretejido Bonciario en la guirnalda de su "Pía poëmata"; pues tanto como los otros, van tratados con un despejo que pocos latinófilos han sabido adquirir. Favorecieron esa aptitud las precoces aficiones de una niñez educada al amparo del abuelo materno, letrado peritísimo; completó este influjo el ambiente de las aulas, y se añadió quizá el de las relaciones amistosas con un **scholar** tan aventajado como Samuel Bond. Intervinieron, pues, en esa orientación humanística, los

más propicios antecedentes de familia, el bien dotado ingenio, el tenaz estudio y las prendas del carácter, amante de la belleza que los antiguos cultivaron. De suerte que la versificación latina no fue para el señor Caro un mero deporte verbal sino una necesidad del espíritu, más idóneo para vivir en el reinado de Augusto, o en la corte de los Médicis, o en la mansión prelaticia y académica del veneciano Grimani. Así contemplado el gran humanista, fue entre nosotros un caso excepcional, flor exótica y selecta que el país produjo en condiciones adversas a las musas del Lacio. Porque no es yerro afirmar que en ese punto carecemos de una tradición genuina, como la que representa en la Ciudad Eterna el grupo de los Arcades. Desde el período colonial hasta el republicano inclusive, sólo aparecen aquí aislados ejemplos de latinistas redactores, cuales han sido Fray Andrés de San Nicolás, el profesor Mariano del Campo Larraondo, Miguel Tobar, Cuervo y su adicto colega; más tarde Abadía Méndez, luego los sacerdotes seculares Cortés Lee y Castro Silva, junto con los regulares Navia, Restrepo y Arcila Robledo. Entre los novísimos cultores de aquel repuesto campo de humanismo merecen contarse Araoz Fraser, epigrafista, y el presbítero Marcos Lombo, quien acertó a verter en la turquesa del metro heroico la famosa arenga de Choquehuanca.

La latinidad de Caro (como la hubiera deseado Faguet) fue una disciplina integral, que sin restringirse al mecanismo sintáctico, rivalizó con la de Lipsio, Heinsio y los dos Escalígeros, en la asimilación del sermo urbanus, de su fecundo genio y de su desenvolvimiento cronológico. La familiaridad con las obras de la edad de oro le reveló el alma de la raza que las dio a luz. Parece que en los comienzos detuvo la atención sobre la figura de Horacio, a juzgar por el artículo que le dedicó en "El Iris" allá por los años de 1867. Pero más temprano había dado la preferencia a Virgilio, en quien halló reunidas superiores cualidades artísticas, sin que tal predilección le in-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

dujera a desdeñar a los demás vates coetáneos de Marón y Quinto Flaco. Los conoció igualmente a fondo y los tradujo, no tan sólo por vía de esparcimiento, sino también por acostumbrarse a las usanzas del hablar escondido, mediante el asiduo manejo de los autores príncipes.

¿Hasta qué grado realizó como latinista el concepto poético? En una lengua que por su índole gramatical y su prosodia difiere tanto de la nuéstra, mal puede a primera vista apreciarse aquel efecto como lo apreciaríamos en cualquiera de los lenguajes cultos modernos. Debemos recordar que a la formación de los fonemas en la susodicha métrica concurren la cuantidad, el **ictus** y el acento, **ánima vocis.** Además, que el vocabulario latino es sintético, y que el hipérbaton no se aviene con la fluidez de la construcción romance. Un hablista ha de estar muy avezado a los varios modismos, figuras y licencias de la locución itálica, para descubrir primores allí donde el profano distingue apenas un artificioso juego de palabras: a manera de un acertijo que no seduce la fantasía ni despierta emociones. Aun suponiendo que algún docto de nuestros días haya alcanzado el pleno dominio de aquel arte (conforme se cuenta del novelista Bourget), ¿podrá experimentar el mismo agrado que un patricio de Roma al leer las piezas clásicas celebérrimas? ¿En el amor de Ovidio a la naturaleza habrá algo que supere el alarde pintoresco de los románticos, parnasianos y realistas del siglo XIX? Y si despojamos la poesía mantuana o la venusiana de sus alusiones históricas, geográficas y mitológicas, ¿sobrará un remanente de valor estético? Para responder a tales preguntas fuera preciso un análisis que los ignaros tacharían de retoricismo: un examen concerniente al vigor de las imágenes, a la énfasis de la expresión no figurada y a la fuerza de la expresión concisa, según lo practicó Reinach en los paradigmas del **Latin sans pleurs** con el propósito de inculcar estima por el habla que Alexis Pierron encarecía como uno de los más admirables agentes culturales de que se hayan servido los hombres.

Siguiendo las huellas del anterior lingüista citado, toma-

mos al acaso entre millares una leve muestra del esmero con que el señor Caro usó de los epítetos, piedra de toque para comprobar la valía de un escritor. En los soberbios yámbicos alternos de "Roma Dominatrix", el adjetivo **férreos** aplicado a procónsules con significación de inflexibles, fue autorizado por los sentidos traslaticios análogos que Nasón y el maestro de Mantua usaron en las frases siguientes: **Ferrea sors, Ferrea gens. Decreta sororum** (i.e. Parcarum) **ferrea.**

Anticipando ahora una observación que parece trivial, creemos que es más fácil discernir los estilos en la prosa que en el verso. Abundan en la poesía de los romanos expresiones que llamaríamos prosaicas si hiciéramos abstracción de la norma silábica, que lo es todo en una estructura que desecha la rima. En cambio, el número prosado de Cicerón o el austero corte de Tácito se precisan ejercitando en la oración suelta recursos que compiten con los más armoniosos pasajes de La Eneida y La Farsalia. De las cláusulas de Livio se dice que semejan la marcha de las legiones en un día de triunfo.

Los ensayos modernos de poesías latinas suelen resultar logogrifos si la técnica no va guiada por el numen; defecto que no podría tildársele a Caro, cuyo estro se mueve con desembarazo, lo mismo cuando imita que cuando deja de aproximarse a los modelos; cuando discute y escoge entre distintas fórmulas aquellas que cuadren mejor en su incomparable versión de las "Ruinas de Itálica" o en su doble traslado del "Cinque Maggio", o cuando elige asuntos netamente profanos o pulsa el salterio eclesiástico. El himno "Ad Romanum Pontificem" exhibe raros conocimientos de la lírica cristiana, que a partir de San Ambrosio empleó frecuentemente los dímetros yámbicos —ora catalécticos, ora regulares— de los cuales son hermoso espécimen algunos del "Cathemerinon" de Prudencio el Zaragozano. Caro ilustró su loa pontificia con glosas que explican o justifican diversos términos y giros. Más antes había ejercitado su inspiración festejando el jubileo del Papa, o trasladando "La monja desterrada" de Ortiz u honrando al Patriarca San José en elegantes dísticos donde hay una remi-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

niscencia virgiliana: **"progeniem coelo demissam educere dignus"**, sin que podamos ver plagio en esa lícita adaptación de la idea a un argumento sagrado. Otra manifestación de acendrada piedad se ostenta en un elogio **"Ad Matrem Dei"** que alude oportunamente al episodio de las bodas de Caná de Galilea.

El libro primero del florilegio que nos ocupa se anuncia con un prefacio referente al contenido del fascículo, consagrado, según se dijo arriba, a la descripción de espectáculos naturales. Diríamos que ese proemio fue escrito con remembranzas de Fray Luis en cuanto a las ideas, y bajo el influjo de Lamartine en lo que atañe a los sentimientos. Allí la melancolía vespertina se asocia a las memorias de la infancia, al último gorjeo del pajarillo, y a los tañidos lejanos. Esta y las demás escenas campestres nos descubren intimidades del poeta peregrino que capta todos los murmullos de la tierra y en el cielo de ocaso los fulgores de Sirio; que en el súbito centelleo del cocuyo adivina un símbolo; y más afortunado que Propercio al penetrar en los retiros del boscaje, goza olvidando los pesares del mundo y los temores de la muerte.

A iguales comentos se presta la pintura de "La fuente", más halagadora que la de Bandusia. Nuestro cantor acompaña el arroyo desde su nacimiento, lo admira al caer formando espumas, advierte sus rumores, su reconditez, y en seguida el silencio con que a trechos discurre bajo las umbrías, saludado por las aves que se allegan al refrigerio de sus ondas. Creyéramos que un nuevo Poliziano estuvo recorriendo las márgenes del riachuelo de Santa Ana, en Usaquén.

Los encomios jubilares que tributó al egregio antecesor de Pío X, de los cuales hicimos mérito antes, dieron motivo al jerarca para obsequiarle con un volumen de la edición suntuaria de sus escritos poéticos, acompañado de benévola dedicatoria en donde el Pontífice ensalza los timbres del clasicista bogotano. A la perspicacia del sumo jefe de la cristiandad no se escondían las virtudes y letras de un hijo de Colombia que en pleno siglo XIX fue también digno hijo de Ausonia, compatricio espiritual de sus más felices ingenios, al par que defen-

sor estrenuo del catolicismo con el acero de la oratoria y de la péñola. Su mente privilegiada, como la de Grocio, abarcó los reinos de la literatura y la Filosofía, de la Teología y la Historia, del Derecho y las Ciencias políticas. De su saber dijo Núñez que era "caudaloso y profundo": exactos calificativos para denotar un vasto poder mental que a imitación de un río va tomando creces y labrando su cauce. Fue Caro arquitecto de ideas; mentor que iluminó a varias generaciones con la antorcha del pensamiento.

La disquisición de Pierce sobre la fugacidad del genio literario hubiera honrosamente excluído al varón insigne cuya labor hemos estado considerando. Ya cercano de sus postrimerías, maltrecha la salud, conservó sin mengua la tenaz memoria y el talento creador, unido al entusiasmo por el ejercicio del inmortal idioma que fue solaz perpetuo de su vida. Aun se holgaba en la energía conceptual, la sonoridad majestuosa y aquella singularidad de la metrificación latina que se insinúa por virtud de la sola cadencia. Volviendo a escuchar hoy las notas del arpa templada por el favorito alumno de Erato y de Polimnia, pensamos que ellas han de servir para enaltecer la remota estirpe que arraigó en las dos penínsulas de Hesperias, y al cabo de los tiempos se renovó con vástagos floridos en este apartamiento de los Andes.

Todo ello en cuenta, quizás no sean superfluas las acotaciones que anteceden, tratándose de joyas que merecen no quedar incógnitas, sino lucir en el tesoro de la bibliografía universal; pues ellas constituyen lo que podemos llamar obra póstuma de Caro: monumento tan venerable como el busto en bronce que decora su sepulcro mostrando a los presentes y venideros los rasgos del prohombre en cuya alma revivieron los atributos más excelsos de la cultura antigua.

JUAN C. GARCIA, Pbro.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico